

EL PATIO DEL COLEGIO



LUIS ALEGRE
Periodista y profesor universitario

Guillermo Fatás

Zaragoza, 1944. Historiador. Doctor en Filosofía y Letras y catedrático de Historia Antigua de la Universidad de Zaragoza. Académico de la Real Academia de la Historia desde 1992, dirigió la Institución Fernando el Católico (1993-2000) y Heraldo de Aragón (2000-2008). Ha recibido, entre otras distinciones, la Cruz al Mérito Militar, la Medalla de plata de la ciudad de Zaragoza, el Premio Aragón y el Mompeón Motos de periodismo.

¿Cuál es la primera vez que recuerda haber reído?

No puedo evocar un caso concreto, pero sí que me sentía feliz y pacificado con mi madre y mi abuela paterna, Patrocinio Ojuel. Eran la dulzura misma, estar con cualquiera de ellas era la paz perfecta.

¿Y la primera que lloró?

Me lo explicaron luego, ya de adolescente: una angustia extrema y un vivo dolor que recordaba y recuerdo, incluso con parte del escenario (una habitación con gente), en la que yo sé que estoy, aunque no me veo, correspondían a una agonía de varios días causada por una difteria hipertóxica. Tenía menos de tres años. Parece que llegaron a ponerme, además de oxígeno, veinte o treinta inyecciones en un día. Es el primer recuerdo que tengo de mi vida.

¿Qué era en el patio del colegio?

Un inútil en deporte, pero tenía muchas ideas cuando jugábamos a bandas, porque había que crear argumentos cuando se nos acababan los de los tebeos de la semana: 'El Guerrero del antifaz' y 'Roberto Alcázar y Pedrín'.

¿Recibió algún castigo de sus padres o maestros que le dejara huella?

Y tanto que huella: me dejó la cara marcada un fraile corazonista cuando tenía yo diez años. Fue en el aula. No había sabido despejar bien en la pizarra un término de una ecuación. A la cuarta bofetada, me oriné encima.

¿Qué es lo que más le gustaba hacer cuando no estudiaba?

Leer. Me sigue ocurriendo, seguramente porque la abuela Patro, maestra de párvulos muy bien formada en Francia, me enseñó, sin esfuerzo aparente, cuando yo tenía tres años. Y jugar al fútbol, era bastante bueno. Sabía hacer trucos y cosas así.

¿Tenía algún complejo que le amargara? Era muy flaco y eso me daba vergüenza.

Costa y Sanclemente. O sea, la actual plaza de los Sitios. El kiosco de la música era un castillo que se tomaba al asalto, algo fantástico.

¿Qué es lo que más le gustaba de aquella Zaragoza?

Me encantaban las ferias. Y los andurriales campestres del Huerva, en la zona aledaña a Marina Moreno (Constitución).

¿Fue un adolescente o joven muy político?

Sí, a partir de los dieciséis. Me interesaba mucho saber en qué consistía gobernar y si España era tan rara como había oído decir en Francia, país que frecuentaba en verano.

¿Qué imagen tenía de Franco cuando era niño?

Franco solo tenía por delante a Dios, la Virgen y los Reyes Católicos (como mucho).

¿Era muy religioso?

Era muy obediente. En el colegio, todo



era obligatorio. En el Instituto Goya, no. Fue un cambio radical.

¿De qué modo le hizo sufrir el sentido del pecado, la sensación de mala conciencia?

Muchísimo. Inolvidable, imperdonable. Tengo un fuerte sentido del deber, pero aquello era morboso, retorcido.

¿Recuerda alguna vivencia que retrate el clima moral de la época?

Era risible que los guardias municipales estuvieran al acecho de los novios que se besaban (digo besarse, sin más). Bronca y, eventualmente, multa. Y nos parecía que era lo correcto.

¿Pensaba a menudo en la muerte? ¿Le angustiaba o le provocaba algún tipo de tormento?

La muerte estaba menos oculta, era un hecho muy social. Mi único problema con la muerte era el de la condenación al fuego eterno, tan fácil de conseguir.

¿Cómo ganó su primer dinero?

Tenía dieciséis años y daba clases particulares de matemáticas para la reválida de 4º de bachiller (hasta las ecuaciones de segundo grado). En casa había poco dinero y así no tenía que pedirlo a mis padres, que estaban criando a seis hijos.

¿Hizo alguna locura o disparate?

No, yo era poco problemático. Aunque llevo un brazo con varios huesos rotos por una apuesta: saltar al Huerva desde un puente altísimo que había junto a Corazonistas. La superé, pero casi me mato. Fue cosa de puntillo. Ese brazo me duele desde hace más de medio siglo.

¿Cuál fue la primera actriz que le fascinó?

Maureen O'Hara y Rita Hayworth. Qué barbaridad.



«Volvería a cualquier día de Reyes con mis padres y hermanos. Aquello se acercaba al paraíso»

«Salté un puente del Huerva por una apuesta y casi me mato. Aun me duele un brazo roto»

¿La primera niña que, en la vida real, le provocó una emoción inolvidable?

Se llamaba Rosa, tenía siete años (como yo) e iba a la plaza de los Sitios. No creo que se enterase.

¿Y la primera canción que memorizó? Es posible que fuese el 'Salve, Regina'.

El cine, el fútbol y la radio reinaban en esa España. ¿Qué relación tuvo con ellos?

El cine lo tenía en casa, porque mi padre era cinéfilo devotísimo. El fútbol no me interesaba mucho (a mi padre, sí).

La radio me chiflaba. Me hice una radio galena e iba a Radio Zaragoza a ver programas en directo.

¿Qué libros que le deslumbraron?

Era una esponja leyendo: «¡Pero chico, que te vas a quedar ciego!», me decía mi abuela materna. Salgari ('El capitán Tormenta', 'El Tigre de Malasia'), Stevenson ('La isla del tesoro') y Scott ('Ivanhoe') se me quedaron para siempre. Como Crompton (la serie de Guillermo Brown). Ni comparar con el padre Coloma.

De todo lo que le enseñaron sus padres, ¿qué es lo que caló en usted con más fuerza?

El amor por los míos. Y por cualquier forma de belleza o bondad.

¿Qué obsesión o fobia forjó claramente en esos años?

El odio al desorden y, por ende, el temor a los imprevistos.

¿En qué momento pensó a qué dedicar su vida?

Cuando pasé de los frailes al Instituto Goya. Fue un hecho potentísimo, entre mis quince y diecisiete años. Entonces empezó el cambio más profundo de mi vida, que consolidé en la Facultad.

¿Hay algún defecto o debilidad que detectara en su infancia y que aún no ha logrado superar?

Sí: necesito asegurarlo todo. Dos veces, tres veces... Como no siempre es posible, vivo a menudo en el desasosiego. Me gustaría librarme de eso, pero no he sabido hacerlo.

Si pudiera viajar en el tiempo y regresar a sus primeros años durante un día, ¿a qué día volvería?

A cualquier día de Reyes con mis padres y mis hermanos. Aquello se acercaba al paraíso.